

IX

Vigée, en nombre de la comision de los Doce, leyó el informe á la Asamblea el 24. Cada palabra era una señal de alarma que llamaba á la Convencion en auxilio de sus miembros.

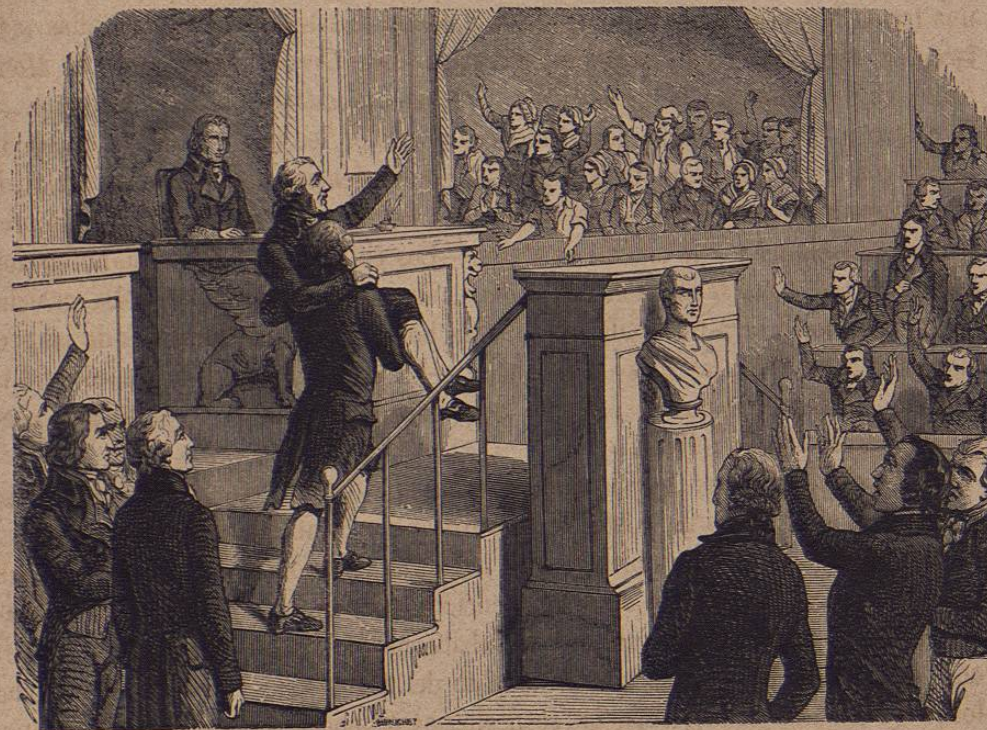
«Habeis instituido una comision extraordinaria,—decia el relator,—investiéndola con grandes poderes. Habeis conocido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar la patria. (*Comienzan al oír esto las risas burlescas en la Montaña*). En su consecuencia,—prosigue Vigée,—hemos jurado salvar la libertad ó sepultarnos con ella. Desde los primeros pasos hemos descubierto una trama horrorosa contra la república y contra vuestra vida. Algunos dias más tarde, la república estaba perdida y no existiríais. (*Crecen las risas en la Montaña*). Si no probamos lo que decimos, ofrecemos nuestras cabezas al patíbulo...» El centro y la derecha aplauden. Entónces el relator lee una serie de medidas de policia más bien que de política, rigurosas en apariencia, impotentes en realidad. «La Convencion pone bajo su salvaguardia á los buenos ciudadanos, á la Representacion nacional y á la ciudad de Paris.—Los ciudadanos tendrán la obligacion de presentarse con exactitud al punto de reunion de sus compañías.—La guardia de la Convencion será reforzada con algunos hombres.—Las asambleas de las secciones se cerrarán á las diez de la noche.—La Convencion, en fin, encarga á la comision de los Doce que le presente inmediatamente grandes medidas para asegurar la tranquilidad pública.»

Tales eran aquellas disposiciones, pueriles si el peligro era extremo, opresivas y vejatorias si el riesgo no existia. Era provocar sin combatir, amenazar sin herir. Los girondinos sabian muy bien que no habia, á excepcion de Marat, ni Cromwell ni conspiracion de asesinato en la Convencion; que Danton y Robespierre se manifestaban ajenos á las maquinaciones subalternas de Pache, Chaumette y Hebert en la municipalidad, y á las tramas del club del Arzobispado; pero querian, como todos los partidos, transformar las sospechas en crímenes, y arrojar sobre sus enemigos de la Convencion el horror público inspirado á los buenos ciudadanos por los proyectos de los malvados. No bien hubo acabado de hablar Vigée, cuando Marat pidió que se motivaran aquellas medidas, fundadas, decia, sobre temores quiméricos y en una fábula aérea. Declaró que no conocia otra conspiracion en Francia que la que se tramaba en los conciliábulos de los hombres de Estado reunidos en casa de Valazé. «Quiero que se nos ilustre,—dijo Thirion.—Los unos nos dicen que existe una faccion de anarquistas, y Marat acusa á otra de hombres de Estado. Temo que éstos quieran vengarse en nosotros y formar el proceso á la revolucion del 10 de Agosto, así como ántes de este dia quiso formarse tambien el de la primera revolucion. ¿Dónde están los crímenes? ¿Quiénes son los culpables?»

La Asamblea estaba indecisa. Un miembro de la Montaña declaró que un ciudadano habia venido á revelar haberse dicho por un miembro de la comision de los Doce que ántes de quince dias serian exterminados todos los jacobinos. «Y á mí—replicó Vergniaud—me escriben de diferentes puntos de la república que algunos emisarios hacen correr la voz de que mis colegas y yo habremos dejado

de existir ántes de pocos instantes.» Siendo desmentida por la Montaña la asercion de Vergniaud, Boyer-Fonfrede, de antemano designado por sus amigos de la comision de los Doce para apoyar el informe y obtener el decreto, se lanza á la tribuna.

«¿Dónde estamos, ciudadanos?—dice.—¿Habeis perdido la memoria desde ayer? ¿No habeis decretado hace poco que las secciones de Paris que vinieron á denunciar el peligro merecieron bien de la patria? ¿El mismo corregidor de Paris no os ha denunciado esos individuos que no tienen de hombres más que la figura, y han tratado de degollarnos? ¿No teneis la mesa cubierta y las manos llenas de tales denuncias? ¿Y no se nos quiere permitir que atendamos á la seguridad de los



El diputado Maure lleva á Couthon á la tribuna (sesion del 17 de Mayo).—Pág. 468.

ciudadanos de Paris y á la vuestra! Los que á ello se oponen, ¿no temen verse ofrecidos á Francia indignada, manchados con la sangre de sus colegas? Dicen que nuestro decreto calumnia á Paris; pero ¿no son los ciudadanos de Paris los que pedimos os rodeen? ¿No son los ciudadanos de Paris los que queremos armar contra los malvados? Nuestras conspiraciones no son más que una quimera, dicen Marat y Thirion. Ciudadanos, los que han sido destinados á la muerte, se consagran por sí mismos á la inculpacion de la calumnia. Vigilarán sobre vosotros, así como vosotros debeis vigilar por la libertad; respiran aún, y es para ella. ¡Salvad á Paris! ¡Salvad la república! Ved nuestros departamentos: están en pié, están armados. La república está disuelta si sois los únicos en Francia que carezcáis de valor. Sí, en caso de perecer los colegas que tanto he apreciado, no quiero sobrevivirles. El dia mismo en que se cometa semejante atentado, proclamaré desde esta tribuna un desquiciamiento funesto aborrecido hasta el dia, fatal á todos quizá, pero hecho necesario por la violacion de lo que hay de más sagrado en la tierra. Sí,

le proclamaré; los departamentos no estarán sordos á mi voz, y la libertad hallará aún algun asilo.» Esta alusion desesperada á la federacion de los departamentos contra Paris arranca aplausos de las tres cuartas partes del salon. «Ciudadanos, — continúa Fonfrede, á quien el interes por sus amigos parece elevar sobre el piso de la tribuna, —; cuán bien acompañados volarán los manes de nuestros colegas proscritos! Las listas de proscripcion estaban hechas. Diez mil ciudadanos de Paris debian ser encarcelados y degollados. Ciudadanos de Paris, la causa de los representantes es la vuestra. ¡Despertad! ¡Protegeos á vosotros mismos!»

X

La Asamblea, arrastrada por este torrente de elocuencia y de valor, se disponia á votar el artículo primero, cuando Danton, encubriendo bajo una fingida imparcialidad la indecision que le agita, sube con lentitud las gradas de la tribuna. Negar los peligros en que se encuentra la Representacion es imposible; sostener á los girondinos es despolarizarse; perderlos es entregar la dictadura á Robespierre, á quien teme, ó á Marat, á quien desprecia.

«Ese artículo—dice—nada tiene en sí de malo, porque no hay duda que la Representacion nacional necesita estar bajo la salvaguardia de la nacion; pero eso se halla escrito en todas las leyes. Decretar lo que se os propone sería decretar el miedo. ¿Puede acaso anunciar la Convencion nacional á la república que se deja dominar por el miedo? Se ha calumniado á Paris. Pache, á quien acusais de no haber venido á dar cuenta, ha informado al comité de salud pública. Las leyes bastan. Guardaos de ceder al temor, y no nos dejemos arrastrar por las pasiones. Temamos, por el contrario, que despues de haberse creado una comision para descubrir las tramas que se urden en Paris, se nos venga á pedir la creacion de otra para averiguar los crímenes de los que extravían los ánimos en los departamentos.»

Calla Danton, y Vergniaud se levanta, diciendo: «No hablaré con ménos sangre fria que Danton, porque estoy personalmente interesado en la conspiracion, y quiero convencer á los que proyectan asesinar me que no los temo. Danton os dice que nos exponemos á calumniar á Paris dando crédito á estas tramas. Si esta imputacion de calumniar á Paris se dirige á la Convencion en masa, es una impostura. Si sólo se entiende de los que como nosotros no han cesado de repetir que es preciso distinguir á los ciudadanos de Paris de una turba de asesinos que se agitan por las calles de esta inmensa ciudad, que sólo esta turba es culpable de los crímenes que han manchado la revolucion, condoliéndose de ello los buenos ciudadanos, Paris ha sido calumniado, sí, pero ¿por quién? Por los perversos, que para asegurarse la impunidad de sus crímenes tienen la audacia de confundirse con el pueblo. Danton os dice: «No manifesteis un espanto indigno de vosotros». Distingamos, ciudadanos. Como hombres, no debemos pensar en nuestra vida; pero como representantes, debeis á la patria, amenazada en vosotros, precauciones extraordinarias. Se os propone que obreis con moderacion, porque se trata de vuestra seguridad personal, y yo digo que por eso mismo debe obrarse con prontitud y vigor. Si por vuestro valor no disipais los peligros que os rodean, si no asegurais, no sólo vuestra vida, sino tambien vuestra independenciam, vendéis la patria, entregais el pueblo, y perdeis la unidad de la república. No es el que se defiende con-

tra un asesino quien tiene miedo, no es el que castiga el crimen el que teme, sino quien le deja triunfar y reinar». Vergniaud justifica despues, artículo por artículo, el proyecto de decreto, y continúa: «Ciudadanos, recordad lo que una de las secciones fieles os ha dicho en la barra: *¡Atrevedos á ser terribles, ó sois perdidos!* Atrevedos á atacar de frente á vuestros enemigos, y los vereis hundirse en el polvo. ¿Quereis cobardemente esperar que vengan á hundiros el cuchillo en el pecho? Proclamadlo en alta voz; ninguno de vosotros morirá sin venganza. Nuestros departamentos están en pié. No hay duda que la libertad sobrevivirá á nuevas tormentas; pero podria suceder muy bien que fuese á buscar ensangrentada un asilo en los departamentos meridionales. Salvad con vuestra firmeza la unidad de la república, y si no teneis el valor de hacerlo, abdicad vuestras funciones, y pedid á Francia sucesores más dignos de su confianza».

Electrizada la Asamblea por estas palabras, vota el decreto propuesto por la comision de los Doce.

Los girondinos se apresuraron á servirse de las armas que acababan de obtener. A las nueve de la noche, Hebert, uno de los sustitutos de la municipalidad, recibió la órden de comparecer ante la comision. El Consejo de la municipalidad estaba en sesion permanente. Hebert acude allí ántes de obedecer á la Convencion, con el intento de excitar la indignacion contra la nueva tiranía. Recuerda á sus cómplices el juramento que han prestado de confundir su causa y considerarse todos como heridos en la persona de uno solo de ellos; declara que no evoca este recuerdo por lo que á él toca, por cuanto está dispuesto á marchar al patíbulo. Sale, vuelve á entrar y abraza á Chaumette, como un hombre que va á la muerte. El presidente y los miembros del Consejo estrechan á Hebert en sus brazos. Chaumette anuncia pocos momentos despues que Michel y Marino, administradores de policia, acaban de ser presos por órden de la comision de los Doce. Intimidado el Consejo, vacila entre la consternacion y la rebelion. Sucédense unas á otras en la casa municipal las diputaciones de las secciones que vienen á fraternizar con la municipalidad, jurando vengarse en sus enemigos. El Consejo envia, hora por hora, diputaciones á la comision de los Doce para informarse de la suerte de Hebert y sus colegas. A las doce de la noche se anuncia que Hebert ha sido interrogado; á las dos, que ha terminado su declaracion; á las tres, que ha sido preso Varlet, uno de los oradores más fogosos de los Franciscanos; á las cuatro se levanta un grito de indignacion al saberse la prision definitiva de Hebert, á quien la comision de los Doce habia hecho conducir á la Abadía.

Los periódicos del dia siguiente esparcieron por todo Paris el grito de venganza dado por la municipalidad. Publicaron una carta de Vergniaud á sus conciudadanos de la Gironda, fechada en *Paris, bajo la cuchilla*. «Os escribí ayer—decia Vergniaud—con el corazon lastimado, no por los riesgos que arrostró, sino por vuestro silencio. Aguardo á mis enemigos y tengo aún la seguridad de hacerles palidecer. Dicen que hoy ó mañana es cuando deben venir á solicitar que se les sacie con sangre de la Convencion nacional; pero dudo que tengan esta osadía, si bien el terror ha entregado las secciones á un puñado de facinerosos. Estad dispuestos, porque si me obligan á ello, os llamo desde la tribuna para que vengais á defendernos, si es tiempo aún, ó para que vengueis la libertad, exterminando los tiranos. ¡Girondinos, no hay un momento que perder!...»

XI

La publicacion de esta carta, las deliberaciones de las secciones, las funestas noticias llegadas por la noche de la Vendée y de las fronteras, las maniobras de Pache, la exasperacion de los Jacobinos, de los Franciscanos y de la municipalidad, exaltaron hasta el extremo el frenesí popular. El ayuntamiento decidió que se presentase una peticion á la Convencion exigiendo el inmediato juicio de Hebert. Esta peticion, que pasó de unas secciones á otras, dió márgen á los más encarnizados debates, firmándose en éstas, rasgándose en aquéllas; pero la mayoría se adhiere á ella y jura acompañar á los ciudadanos que tengan valor para llevarla á la barra. La comitiva se aumenta en el camino por esa turba inmensa arrastrada siempre por la corriente de una pública agitacion. Los peticionarios son introducidos en la barra en corto número. Isnard estaba presidiendo, y en su actitud brillaba toda la resolucion de su partido, pareciendo que su fogosidad de carácter era contenida por la dignidad de su cargo de presidente. Fijaba en los peticionarios la mirada de Ciceron sobre Catilina, cuando meditaba su inmortal discurso contra el conspirador romano; parecia que estaba esperando la sedicion en las palabras para aterrorizarla en nombre de la ley.

Al oír las primeras palabras del orador de la diputacion, empezaron á levantarse murmullos en la derecha. Danton, reclamando enérgicamente el silencio, afecta cubrir á los peticionarios con su proteccion. «Venimos—dice el orador de la municipalidad—á denunciaros el atentado cometido en la persona de Hebert.»

Los girondinos se indignan al escuchar la palabra atentado.

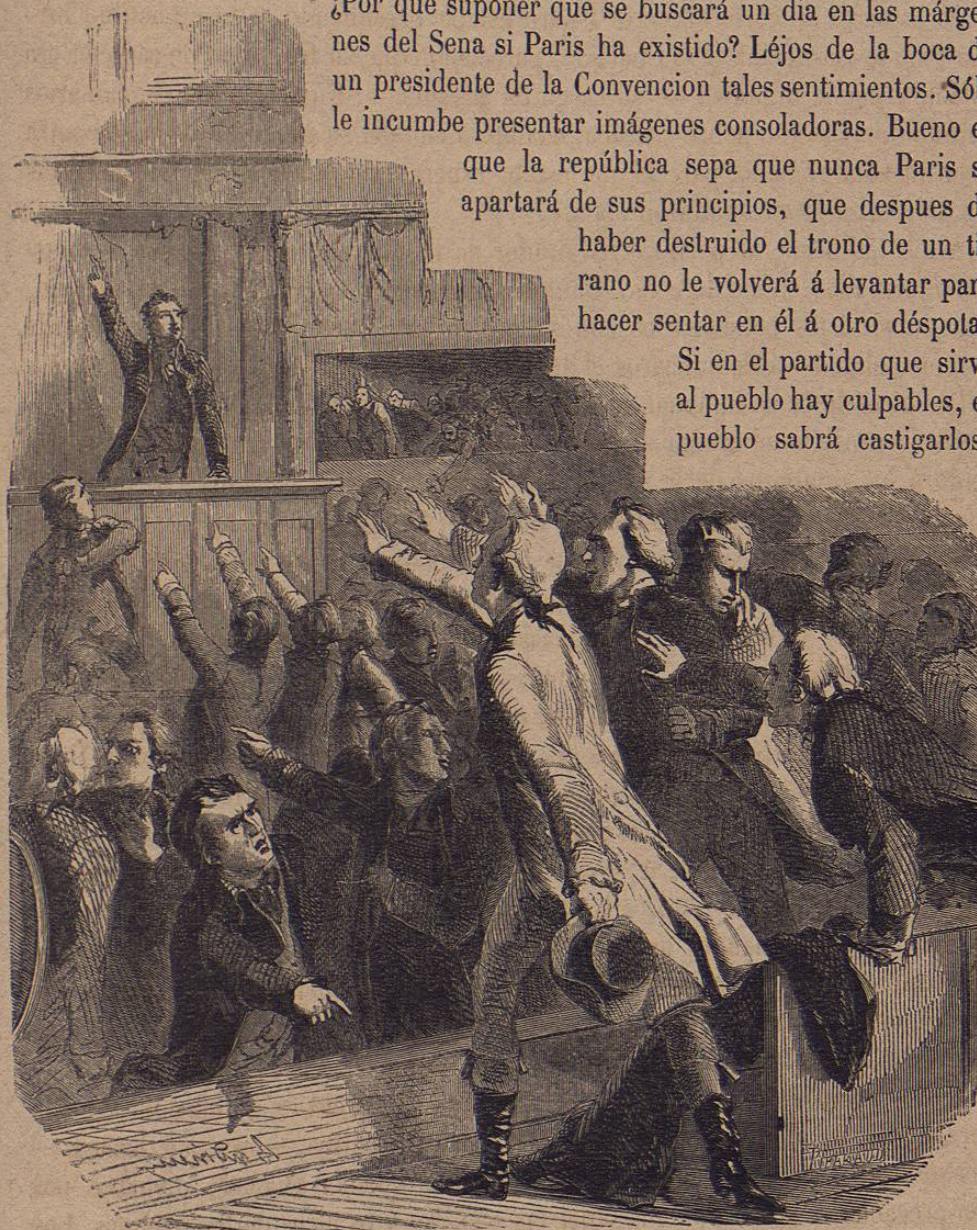
«Sí,—prosigue el orador,—Hebert ha sido arrancado del ayuntamiento y conducido á los calabozos de la Abadía. El Consejo general defenderá la inocencia hasta la muerte. Pedimos que nos sea devuelto. Las prisiones arbitrarias son para los hombres de bien coronas cívicas.» Las tribunas y la Montaña prorumpen en aplausos. Isnard se levanta y los contiene con un ademán imperioso. «Magistrados del pueblo,—dice á los peticionarios,—la Convencion, que ha hecho una declaracion de los derechos del hombre, no consentirá que un ciudadano esté aherrojado si no es culpable. Creed que obtendreis una justicia pronta, pero escuchad tambien vosotros las verdades que voy á deciros. Francia ha puesto en Paris el depósito de la Representacion nacional, y Paris debe respetarlo. Si por ventura se envileciese á la Convencion, si acaso una de esas insurrecciones que desde el 10 de Marzo se renuevan sin cesar, y de que vuestros magistrados—añade aludiendo á Pache—nunca han advertido á la Convencion...» En la Montaña se oyen violentos murmullos, la Llanura aplaude. Isnard, impasible, continúa: «Si por estas insurrecciones siempre nacientes aconteciera que se vulnerase la Representacion nacional, os lo declaro en nombre de Francia entera...» «¡No, no, no!»—exclama la Montaña. Lo restante de la Asamblea se levanta para sostener al presidente, y trescientos miembros exclaman á la vez: «¡Sí, sí, sí! ¡Decid en nombre de Francia entera!» «Sí, os lo declaro en nombre de Francia entera,—prosigue Isnard,—Paris sería anonadado...» Estas últimas palabras quedan al punto envueltas por las imprecaciones de la Montaña y por las rechiflas y pataleos de las tribunas. Los girondinos y sus amigos apoyan las amenazas del presidente, repitiéndolas con el

brazo extendido como para un juramento. «Bajad del sillón,—vocifera Marat;—estais deshonrando á la Asamblea y protegiendo á los hombres de Estado.» El presidente, sin mirar á Marat, concluye su frase: «Y presto se buscaria por las márgenes del Sena si Paris habia existido». Danton se levanta como si hubiera oido una blasfemia, y pide la palabra. Isnard continúa: «La espada de la ley, que aún destila la sangre del tirano, está pronta á caer sobre la cabeza del que osare sobreponerse á la Representacion nacional».

Isnard vuelve á sentarse, y le sucede Danton. «Bastante y por sobrado tiempo se ha calumniado á Paris en masa. ¿Qué significa esa imprecacion del presidente contra Paris? Es bastante extraño que se nos presente la devastacion de Paris por los departamentos, si esta ciudad se hiciese culpable...» «Sí, sí, lo harian»,—le responden los girondinos. «Tambien yo soy entendido en figuras oratorias,—replica Danton.—Hay en la respuesta del presidente un sentimiento de amargura.

¿Por qué suponer que se buscará un dia en las márgenes del Sena si Paris ha existido? Léjos de la boca de un presidente de la Convencion tales sentimientos. Sólo le incumbe presentar imágenes consoladoras. Bueno es que la república sepa que nunca Paris se apartará de sus principios, que despues de haber destruido el trono de un tirano no le volverá á levantar para hacer sentar en él á otro déspota.

Si en el partido que sirve al pueblo hay culpables, el pueblo sabrá castigarlos.



El presidente Isnard en la sesion del 21 de Mayo.—Pág. 472.

Pero atended á esta gran verdad: si fuera menester escoger entre dos excesos, valdria más arrojarse hácia el de la libertad que retroceder á la esclavitud. Hace algun tiempo que están oprimidos los patriotas en las secciones. Conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y no gozarán mucho tiempo de su ventaja, porque el pueblo desengañado los anonadará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos; pero ¿por qué hemos de achacarles á crimen la energía que emplean en servir al pueblo? Si no hubiesen existido hombres fogosos, no hubiera habido revolucion. No quiero exasperar á nadie, porque al defender la razon tengo la conciencia de mi fuerza. ¡Que se encuentre un crimen en mi vida!... (*Un sordo murmullo recorre los bancos de la Gironda*). Pido que se me envíe el primero al tribunal revolucionario, si me hallan culpable. He dado mis cuentas.» «¡No se trata de eso!»—le gritan desde la derecha. Danton vuelve al texto de sus ideas: «Es preciso reunir los departamentos, pero no irritarlos contra Paris. ¡Cómo! Paris, que ha quebrantado el cetro de hierro, ¿violaria el arca santa de la Representacion que le está confiada? No, Paris ama la revolucion, Paris merece el abrazo de Francia entera. El pueblo frances se salvará á sí mismo, y una vez arrancada la máscara á los que fingiendo patriotismo sirven de muralla á los aristócratas, Francia se alzaré y derribará á sus enemigos». Esta amenazadora alusion á los girondinos, en boca de Danton, dejó entrever en un porvenir más ó ménos remoto un nuevo Setiembre.

XII

A pesar de todo, ni Danton ni Robespierre meditaban la muerte de sus adversarios en la Convencion. El primero vacilaba sin decidirse, y el otro observaba silencioso, como ántes del 10 de Agosto, los sucesos sin mover ni contener al pueblo. Las sesiones de los Jacobinos, casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convencion, oían raras veces su voz.

Sólo la víspera de la insurreccion, y siendo ya segura la victoria, fué cuando Robespierre prorumpió en amenazas contra la comision de los Doce.

Su palabra confirmó á las secciones en su pensamiento aún indeciso. Los agitadores del ayuntamiento se reunieron y tomaron el nombre de Club central ó de la Union republicana. Decidieron hacer intimaciones á la municipalidad para que se insurreccionase, convocase la fuerza armada y cerrase las barreras de Paris hasta que la Convencion hubiese hecho justicia al pueblo. Henriot, nombrado comandante general en reemplazo de Santerre, les respondia de las bayonetas. Era Henriot uno de esos hombres que se elevan sobre la hez de la sociedad cuando se remueve. Nacido en las afueras de Paris y entregado en su juventud á todas las profesiones sospechosas de una capital, primero criado sin probidad, despues charlatan y espía de policía, la revolucion de 1792 le abrió las puertas de Bicetre, donde estaba encerrado por algunos delitos, saliendo de allí, como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar é infectar la poblacion. Audaz en su actitud, pero cobarde de corazón, se ostentó en las filas de los insurgentes del 10 de Agosto, saqueó despues de la victoria y degolló en las cárceles. A falta de hazañas, distinguiéronle sus crímenes entre las turbas. Arrastró más bien que mandó al ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquía.

Esta anarquía en que se agitaban las secciones alcanzaba tambien al gobierno, de suerte que la comision de los Doce no tenia para hacerse obedecer ni la ley ni las armas. La municipalidad, verdadero gobierno de Paris, estaba en rebelion, unas veces abierta, otras encubierta, contra la Convencion. En cuanto á los ministros, se atrincheraban en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités, cuyas órdenes recibian. El ministro del Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de Paris y de la seguridad de la Convencion. Pero Garat, inútil en momentos de crisis, era uno de esos hombres que se amoldan á los acontecimientos. Amigo de los girondinos en el alma, pero procurando captarse tambien el favor eventual de Danton, de Robespierre y de la Montaña, iban siempre sus palabras y sus actos marcados con el sello de esa templanza que, dando esperanzas á los dos partidos, sacrifica en el momento crítico al más justo por el más feliz. Siempre hay uno de esos hombres funestos á la cabeza de los partidos que van á perecer; armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XIII

Pache, en la sesion del 27, respondió de la tranquilidad de la capital y de la seguridad de la Convencion.

A consecuencia de este informe, que consternó á los girondinos, pidió Marat la supresion de la comision de los Doce como inútil, provocando á la insurreccion. «Y no sólo á la comision de los Doce hago la guerra. Si la nacion entera fuese testigo de vuestras tramas liberticidas,—dijo encarándose á Vergniaud y Guadet,—os haria conducir al patíbulo.» Algunas diputaciones de las secciones habian venido á reclamar los ciudadanos presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comision de los Doce fuesen enviados al tribunal revolucionario. «Ciudadanos,—les respondió el presidente Isnard,—la Asamblea os perdona en atencion á vuestra juventud.» Irritada la Montaña, se levanta al oír esto. Robespierre se precipita á la tribuna, donde los gritos de la mayoría ahogan su voz. «¡Sois un tirano, un infame!»—grita Marat á Isnard. «Quieren degollar individualmente á todos los patriotas»,—añade Charlier. «¡Los tiranos á la Abadía!»—exclaman por todas partes. La Convencion, dividida en dos campos, no habla sino por gestos, que todos parecen envolver el desafío y la muerte de hombre á hombre, de partido á partido.

La voz de Vergniaud domina por un momento el tumulto. «No más discursos,—dice:—¡obras! Vamos á votar la convocacion de las asambleas primarias. Es el único remedio que nos queda en el estado en que nos hallamos. ¡Francia sólo puede salvar á Francia!»

Los girondinos, á la voz de Vergniaud, se levantan y agrupan, manifestando con su actitud y gritos que se adhieren á proposicion tan desesperada. Legendre y los jóvenes montañeses aceptan tambien el desafío, y gritan: «¡La votacion nominal!» El presidente se dispone á ello.

Temblando que la votacion nominal diese la victoria á los girondinos, la Montaña y los patriotas prorumpen en imprecaciones contra Vergniaud. «¡Levantemos la sesion!»—gritan los moderados. Isnard se cubre. Las voces, enronquecidas por